

Martín Adán y Una Obra Maestra

por Sebastián Salazar Bondy

1/11/58

Treinta años después de su primera edición, vuelve a aparecer, dentro de la colección "Escritores de Lima", uno de los más hermosos libros de la literatura peruana moderna: "La casa de cartón" de Martín Adán (Editorial Nuevos Rumbos, Lima, 1958). La publicación ha venido a satisfacer así la demanda tácita y expresa que de los libros de este singular poeta se había incrementado últimamente. La existencia voluntariamente desordenada del escritor, su empeño en mantener ocultas algunas de las páginas más significativas de su obra, el modo irónico con que él mismo se juzga y juzga a los demás, la actitud, en fin, solitaria y silenciosa en que ha transcurrido su vida en las recientes décadas, no lograron que se le olvidara. Por el contrario, su persona, que se convirtió en personaje un tanto mitológico de ciertas anécdotas ingeniosas o violentas, ganó una atmósfera de atrayente misterio que al propio Martín Adán parece serle grata. No es éste, por supuesto, el tiempo de los "maudits", pero el prurito anacrónico gusta al autor de "La casa de cartón", añorante como es, no exento de sarcasmo, de un pasado en que la jerarquía se fundaba en la calidad del espíritu y no en la ejecutoria de títulos, haciendas y poderes visibles. En este terreno ha tornado a florecer ese poema en prosa que es el testimonio más cabal y hondo que, en nuestra literatura, se

ha producido sobre la ardiente adolescencia.

El año 1927, "La casa de cartón" era la creación de un colegial inconforme (estudioso y aplicado, pero, como añadiera Mariátegui, "un poco impertinente"), que se resolvía a manifestar su descontento con ademán joyceano, caricaturizando la aldea barranquina, sus

Esto es literatura, sin duda. El petardo que Martín Adán puso en Barranco hace treinta años estalló lentísimamente, pero produjo el efecto deseado. Las páginas, mientras las leemos, son ráfagas de poesía, son relumbrones de belleza liberada, son detonaciones de un humor a veces triste, a veces alegre, a veces puro y tal como se da en las mejores páginas de los libros que guardamos para releer sin cansancio. No miremos lo que queda de los hombres, los lugares, las cosas, que Martín Adán retrató, variando las proporciones, con un deseo no de abolición sino de intensificación, porque hallaremos entonces que el colegial inconforme de antaño se salió con la suya. El sigue siendo inconforme —académico y todo—, pero el poeta que con amor socavó el mundo para volverlo de revés, ha realizado una operación mágica: en ninguna parte estará más vivo el Barranco de principios de siglo —el mundo de principios de siglo, en verdad— que en "La casa de cartón", que re-descubrimos asombrados, comovidos, llenos de gratitud.



Martín Adán

gentes despaciosas, sus melancólicos paisajes, su mar rumorante, sus bañistas y sus beatas, sus niñas cándidas y sus envarados señores. Tal vez pudo parecer a los escasísimos lectores de esa época un libelo izquierdista, inaceptable tanto por ello cuanto por proceder de la mano de un descendiente de vieja e hidalga familia. ¿Qué es hoy "La casa de cartón"? Ha pasado mucha agua bajo los puentes del Rímac y, más aún, desastres y glorias en el corazón de los limeños de aquel ayer a hoy, y el tiempo, que derribó los muros de los ranchos de reja de los balnearios, que empolvó tapices y pergaminos de los salones circunspectos, que varió el rostro de la ciudad y la intimidad de sus habitantes, ha embellecido las páginas de este relato sin pies ni cabeza, pero eterno de un cabo al otro. La ha situado como un clásico, más allá del panfleto o la anomalía juvenil.

A los nombres de Eguren y Vallejo, que presiden la poesía contemporánea peruana, la que conquista esa calidad que es mixtión esencial de lo propio y lo universal, debemos añadir el de Martín Adán. El Martín Adán de "La casa de cartón" —que es, repetimos, poeta por encima de todo—, en quien descubrimos ese señuelo que nos atrae y nos rechaza, por el cual se define la obra de arte concebida y realizada en la legítima inspiración: no un vuelo, una evasión, una fuga, sino un compromiso tremendo, desgarrador, con lo que es más vivo y verídico en la existencia. Luis Alberto Sánchez ha escrito de este libro algo muy justo que es preciso repetir: "No es escepticismo lo que inspira su visión de las cosas (la de Martín Adán), sino una inquietud por hallar lo cierto, y la vacilación de estar pisando en el vacío".